

CAFE: LO QUE NOS DEPARA EL FUTURO *

*Alonso Berrío C. ***

En la agonía del siglo XX se observan por doquier los síntomas de la aparición de un nuevo orden económico y político internacional que habrá de acompañar el alumbramiento del siglo XXI: las naciones capitalistas industrializadas, a veces por separado y casi siempre conjuntamente, buscan fortalecer sus posiciones de privilegio en el planeta y otras veces pugnan entre sí por asumir el liderazgo. Las preocupaciones de sus pueblos no son desde hace mucho tiempo las de la alimentación, la vivienda, la educación o la salud. No. Sus aspiraciones son ahora las de mayor participación política, el mejoramiento de las condiciones ambientales, la elevación de sus ya altísimos niveles de confort, el aprovechamiento del tiempo libre, la conquista y explotación de nuevos mundos en el cosmos, el crecimiento de sus bajísimas tasas de natalidad para no seguir siendo países de viejos hipnotizados ante la contemplación del espectáculo de su propia opulencia. Sus políticas comerciales se han olvidado de que no están solos en el mundo, y han ido liquidando uno a uno los mecanismos de estabilización de los mercados de productos básicos, fundamentalmente provenientes del Tercer Mundo.

Por su parte, los países socialistas de Europa Central y Oriental, y obviamente la Unión Soviética, son protagonistas de profundas transformaciones en el seno de sus también envejeci-

* Ponencia presentada ante el Foro Cafetero organizado por la Facultad de Ingeniería Administrativa de la Universidad Nacional, Federación de Cafeteros, Colcafé y Cámara de Comercio de Medellín, el 25 de octubre de 1989.

** Profesor de la Universidad Nacional, Departamento de Economía.

dos regímenes autoritarios: la aparición del pluripartidismo, la conquista de nuevos espacios de expresión cultural y, participación política de sus gentes, la desaparición acelerada de la paranoia que desde el estalinismo los caracterizaba, la apertura hacia nuevas formas de organización de la producción y de la propiedad, el viraje de 180° en sus relaciones con Occidente, lo que a la postre modificará dialécticamente el comportamiento de éste hacia aquéllos. En suma, como diría Carlos Fuentes, en aquellos países ya no es la sociedad quien debe amoldarse a las instituciones, sino éstas las que se tienen que transformar bajo el influjo de poderosas fuerzas brotadas del seno de sus pueblos y posibilitado su accionar por la entrada en escena de una nueva clase política dirigente.

¿Y a nosotros, los desheredados del Tercer Mundo, qué nos trae el fin del siglo y qué podrá depararnos el venidero?

El amanecer del nuevo siglo sorprenderá seguramente a los mineros bolivianos luchando todavía por mejores salarios, a los desempleados de Sao Paulo saqueando supermercados para sobrevivir, a algún pueblo del martirizado continente latinoamericano buscando derrocar a algún tiranuelo despótico, y a los campesinos de Kenya, Tanzania o Colombia aferrados a un palo de café del que seguirán brotando ingentes ganancias para las transnacionales del mundo industrializado. Quizás entonces seguiremos rivalizando entre nosotros por ganarnos el apoyo y las simpatías de cualquiera de los dueños del mundo.

Este panorama, no por tan sombrío, menos improbable, es susceptible de ser mejorado por y para nosotros. Y para lograrlo, requeriremos de un descomunal esfuerzo conjunto de los tercermundistas. Y en el caso del café, ello no es menos cierto: países como Burundi y Uganda para los que el café representa el 96.6 y 94.2% respectivamente del total de sus exportaciones, o El Salvador, Rwanda y Benin con 73, 66.2 y 55.5% y Colombia con cerca del 35%, al igual que el resto de los 50 países cafeteros del mundo, no podemos seguir jugando entre nosotros a la ruleta rusa con la suerte de nuestras economías. Moviéndonos en un mercado internacional caracterizado por una fuerte tendencia a la concentración oligopolística del lado de la demanda en el que seis firmas controlan cerca del 50% del café que consume la humanidad; un mercado signado por las bajas elasticidades precio e ingreso de la demanda; un mercado en el que el único instrumento con el que se contaba para controlar la sobreoferta, las cláusulas económicas del Acuerdo Internacional de Café, se ha derrumbado, dejando el grano a merced de los movimientos especulativos en las Bolsas

y al capricho de párrafos y artículos de letra menuda de las nuevas normas de comercio internacional de los países industrializados; un mercado en el que la agregación de valor por parte de los productores es ínfima, si tenemos en cuenta que la casi totalidad del café es exportado en almendra para ser procesado en los países consumidores, y si asumimos un precio promedio al consumidor final de US\$ 3.0 por libra, al caficultor sólo le quedan 30 centavos; un mercado en el que la introducción de las categorías por calidades y el establecimiento de diferenciales de precios y cuotas ha generado una alta competencia entre productores al elevar los índices de elasticidades de sustitución; un mercado en el que, a diferencia de Colombia, casi todos los productores presentan serios problemas de desorganización interna y debilidad institucional en su caficultura, lo que los ha obligado a subvertir el mercado por tener que desembarazarse de existencias que no tenían cómo almacenar, vendiéndolo a menos precio a países no OIC; un mercado en el que al mayor productor, Brasil, poco le importó la suerte del Acuerdo, pues ya para él, el café significa menos del 8% de sus exportaciones totales, a la vez que presenta los más bajos costos de producción debido a la mecanización de su caficultura, además de tener enfrentamientos políticos y comerciales con los Estados Unidos, nacidos fundamentalmente de la competencia entre transnacionales de la informática, la electrónica y el sistema de patentes y régimen de preferencias arancelarias, siendo el Acuerdo una de las víctimas de dicho enfrentamiento. En este mercado las transnacionales abiertamente advierten a los parlamentos de sus países de origen sobre la inconveniencia de la continuación del statu quo cafero mundial, logrando volver al mercado libre, lo que en un año le significará utilidades adicionales de US\$ 4.000 millones, los mismos que dejaremos de percibir los productores. Un mercado así, no es para nosotros el mejor de los mundos posibles.

La pérdida del poder adquisitivo del café que según Diego Pizano, ha sido del 60% en los últimos tres años, debido a la inflación internacional, la devaluación del dólar y la suspensión de las cuotas, no puede ser recuperado sino a costa de la moderación de estos fenómenos, la reaparición del Acuerdo y una manifiesta voluntad política de las naciones industrializadas hacia los países caferos.

Proponemos acá la urgente necesidad de realizar nuevas negociaciones entre productores con el fin de llegar a acuerdos de autocontrol de nuestras exportaciones, abandonando de nuestra

parte el desesperado artilugio de compensar la destorcida de los precios con mayores volúmenes exportados e incluso subsidiados a un mercado ya de por sí sobreofrecido, lo que sumado a la rigidez de nuestro sistema de transportes y puertos tiende a contradecir el argumento anterior y a aplazar la recuperación de los precios. Al agotarse los inventarios en manos de los tostadores, Colombia, ya sea sola o acompañada de otros productores, deberá moverse a participar en los mercados de futuros, con prudencia e inteligencia. Recuérdense, si no, las experiencias de Pancafé, Café Mundial Ltda., y Otros Suaves S. A. Lógicamente, la estrategia que planteamos de autodisciplina e intervención en los mercados terminales, no puede ser un esquema definitivo, sino una herramienta más política que económica, y más coyuntural que estratégica, en la búsqueda de mecanismos de presión que conduzcan a la reactivación del Pacto. Consideramos que ambas políticas inducirán a los consumidores a sentarse de nuevo a repensar con nosotros el reordenamiento del mercado, lo que es y debe seguir siendo el objetivo central de nuestra política cafetera internacional. El debilitamiento de las reservas internacionales del país, debe llevarnos muy seriamente a plantear la necesidad inaplazable de renegociar la deuda externa, por la simple y llana razón de que no podemos seguir pagándola bajo las condiciones actuales, y lo que es peor, de continuar la actual situación cafetera, habrá necesidad de nuevos empréstitos para el Fondo Nacional del Café.

Poseemos la infraestructura institucional interna más perfeccionada y eficiente del mundo cafetero. Tenemos sabios instrumentos de regulación del mercado y amortiguación para períodos críticos. Vemos con satisfacción los esfuerzos que se hacen por fortalecer las finanzas del Fondo, pero ello no puede seguir haciéndose a costa de los empobrecidos caficultores del país. Los mayores esfuerzos deberán dedicarse a actuar en dos direcciones: la ya señalada sobre la variable más impactante de la Balanza de Pagos, el precio externo, y en segundo lugar el mantenimiento del ingreso real de los caficultores.

Un cultivo que sembrado en el 1% de la superficie del país y que ha sostenido su economía durante un siglo, no puede seguir condenado a la incertidumbre de políticas manipuladas fuera de nuestras fronteras, cuando tenemos la posibilidad de actuar sobre ellas. No podemos permitir que los niveles del precio interno caigan en términos reales hasta el punto de provocar la erradicación parcial del cultivo, pues ¿si no es de café, de qué puede, en el corto y mediano plazos, vivir la mayoría de caficultores de este país?

A pesar de los esfuerzos y de los logros en el terreno de la diversificación, aún no se puede soñar con la sustitución del cultivo.

Podríamos realizar acá complicados ejercicios econométricos, simulando modelos con diferentes comportamientos de las variables claves del café. Ello sería útil, pero sólo como ejercicio. La situación de penuria de los caficultores y del país, no es simulada. Pero sí, a veces, disimulada. Creemos que la esperanza no es lo último que se puede perder. Es la voluntad política.